



Lección de alemán



SIEGFRIED LENZ

*Traducción del alemán a cargo de
Ernesto Calabuig*



IMPEDIMENTA



Título original: *Deutschstunde*

Primera edición en Impedimenta: noviembre de 2016

Copyright © 1968 by Hoffmann und Campe Verlag, Hamburg

Copyright de la traducción © Ernesto Calabuig, 2016

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: José Martínez

Corrección: Susana Rodríguez y Juan Marqués



GOETHE
INSTITUT

La traducción de esta obra ha contado con el apoyo de una subvención del Goethe-Institut, que está financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

SECRETARÍA
DE ESTADO
DE CULTURA

Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

ISBN: 978-84-16542-48-2

Depósito Legal: M-32353-2016

IBIC: FA

Impresión de sobrecubierta: Frampa

Impresión y encuadernación: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

I. EL CASTIGO

Me han impuesto un castigo. El propio Joswig me ha llevado a mi celda, ha dado unos golpes en la reja de la ventana y ha ahuecado el jergón de paja. Después, nuestro vigilante favorito ha registrado a fondo mi taquilla metálica y mi viejo escondite de detrás del espejo. Callado, callado y ofendido, ha proseguido con su inspección, esta vez centrándose en la mesa y en el taburete cubierto de muescas. Se ha interesado también por el desagüe del lavabo, e incluso, con sus nudillos desafiantes, ha parecido plantear algunas preguntas al alféizar de la ventana mientras lo golpeaba. Ha querido asegurarse de la neutralidad de la estufa, y a continuación se ha acercado a cachearme lentamente de arriba abajo para comprobar que no llevaba nada en mis bolsillos que resultara dañino. Luego, con una expresión de reproche, ha dejado el cuaderno sobre mi mesa, el cuaderno de redacciones en cuya etiqueta gris puede leerse: «Redacciones de alemán de Siggí Jepsen». Se ha encaminado hacia la puerta sin despedirse. Joswig, que es un hombre bondadoso, se sentía decepcionado y algo enfadado. Pues Joswig, nuestro vigilante favorito, sufre con los castigos que nos imponen y estos dejan en él incluso más secuelas que en nosotros mismos. Sin embargo, no me ha dado

a entender su preocupación mediante palabras, sino por el modo en que ha cerrado el portón. Apático, ha hurgado confusamente con la llave en la cerradura. Ha titubeado al intentar girarla una primera vez y luego, tenaz, ha vuelto a intentarlo. Ha probado una vez más y, de repente, como reprochándose a sí mismo su indecisión, ha cerrado con dos bruscas vueltas. Ha sido precisamente él, Karl Joswig, hombre delicado y tímido, quien tuvo que encerrarme bajo llave para que cumpliera con mi castigo.

Aunque he permanecido aquí sentado sin moverme casi un día entero, aún no me encuentro en condiciones de empezar a redactar. Si miro por la ventana veo el río Elba, que surca mis propios rasgos suaves, que se reflejan en la luna del espejo. Aunque cierre los ojos, no deja de fluir, oculto bajo los hielos flotantes cuyo azul resplandece. Sin poder evitarlo, mi pensamiento se va con el remolcador, que, con la defensa de su proa cubierta de costras, parece cortar y delinear patrones grises en la superficie del agua. No puedo apartar la vista de la corriente, y descubro que su excesivo caudal arrastra hasta nuestra playa témpanos de hielo, los empuja y los eleva haciéndolos crujir hasta llevarlos a los secos cañaverales, donde los abandona. Contra mi voluntad observo a unas cornejas, que, según parece, tienen una cita en la localidad de Stade. Una a una se acercan planeando desde los pueblos de Wedel y Finkenwerder y desde la isla de Hahnöfer. Se reúnen formando una bandada sobre nuestra isla y después ascienden y giran en un escorzo, hasta encontrar por fin un viento favorable que las empuja hacia el islote de Stade. Me distrae la enredada vegetación de sauces, que parece hecha de vidrio, empolvada de escarcha seca. Me distraen también la verja de alambre, los cobertizos, los letreros de aviso de la playa o los huertos, totalmente congelados, que nosotros mismos cultivamos bajo la mirada de los vigilantes en primavera. Incluso el sol me impide concentrarme, pues, como a través de un cristal opalino y turbio, proyecta largas sombras cuneiformes. Y cuando, a pesar de todo, me encuentro ya a punto de empezar a redactar, mi mirada se escapa de nuevo hasta el arañado pontón colgante, sujeto con cadenas, donde se amarra la barcaza achaparrada, con su brillo metálico, que viene de Hamburgo

una vez por semana para traer hasta aquí a, digamos, unos mil doscientos psicólogos interesados de un modo realmente patológico en los jóvenes inadaptados. No puedo apartar la vista de ellos mientras suben por el camino serpenteante desde la playa y son conducidos hasta el edificio azul de dirección. Por último, tras los saludos habituales, y posiblemente después de que les aconsejen que tengan cuidado y sean discretos en sus pesquisas, abandonan, impacientes, el edificio y se dispersan, como un enjambre, sin propósito aparente, por nuestra isla, aproximándose a mis amigos: a Pelle Kastner, por ejemplo, a Eddi Sillus y al irascible Kurtchen Nickel. Quizá la razón de tanto interés sea que la dirección ha calculado que la probabilidad de que aquel que se reforma en nuestra isla, una vez liberado, no vuelva a cometer ningún delito es de un ochenta por ciento. Si Joswig no me hubiera encerrado para cumplir con mi castigo, seguro que yo también sería objeto de sus persecuciones, y pondrían mi historial bajo su científico cristal de aumento y se esforzarían en sacar de ahí mi auténtica imagen. Pero yo tengo que recuperar dos horas de alemán, debo entregar la redacción que esperan de mí el flaco y asustadizo doctor Korbjuhn y el director Himpel. En Hahnöfer-Sand, la isla vecina que está situada Elba abajo, en dirección Twielenfleth Wischhafen, y en la que también se retiene y se reforma a jóvenes problemáticos, no hubiera sido posible algo así. Realmente ambas islas, sitiadas por las mismas aguas aceitosas que navegan los mismos barcos y habitadas por las mismas gaviotas, se parecen mucho, pero, claro está: en Hahnöfer-Sand no hay ningún doctor Korbjuhn, ni lecciones de alemán, ni temas de redacción. Tres cosas, palabra de honor, que consiguen que la mayoría de nosotros padezca incluso físicamente. Y es por esto por lo que muchos de nosotros preferiríamos que nos hubieran internado en Hahnöfer-Sand, por la que pasan primero los barcos que navegan hacia el mar y donde a uno le saluda constantemente la llama desgarrada y chisporroteante de la refinería.

Seguro que en la isla hermana no me hubieran impuesto ningún castigo. Allí sería impensable que pudiera suceder lo que ocurre en nuestra isla de forma habitual. Aquí un tipo flaco con olor a pomada siempre puede permitirse entrar en el aula, como de hecho solía hacer

Korbjuhn, y tras examinarnos y reclamar un «¡Buenos días, doctor!», entre burlón y asustadizo, proceder al reparto de los cuadernos de redacción sin previo aviso. Ese día en concreto Korbjuhn no dijo nada. Se limitó a salir a la pizarra y, con lo que me pareció un evidente placer, cogió la tiza, levantó su mano de desagradable aspecto y, mientras se le deslizaban las mangas hasta los codos dejando a la vista un brazo reseco y amarillento de al menos un centenar de años, escribió, con su caligrafía humillada y torcida —la inclinación propia de los hipócritas— el tema de la redacción: «Las alegrías del deber». Asustado, eché un vistazo a la clase, pero solo alcancé a ver espaldas inclinadas y caras aturcidas. Todos siseaban y hablaban entre dientes de banco a banco, moviendo los pies. Los tableros de las mesas se cubrieron de suspiros. Ole Plötz, mi compañero de al lado, movió sus carnosos labios, leyó, como los demás, a media voz y se preparó para comenzar con el ataque de convulsiones al que solía recurrir en estos casos. Charlie Friedländer, que tiene bastante talento para palidecer a voluntad propia, ponerse verdooso y lograr un aspecto alarmantemente enfermo, de tal forma que los instructores, de modo espontáneo, siempre lo acaban liberando de cualquier trabajo, recurrió, en esta ocasión, a su arte para controlar la respiración. No llegó a perder el color, pero, sin embargo, sí logró hacer brotar perlas de sudor en su frente y en su labio superior gracias a un hábil control de su arteria carótida. Yo saqué mi espejo de bolsillo, lo orienté hacia la ventana, atrapé algo de sol y lancé un destello contra la pizarra, ante lo cual el doctor Korbjuhn se giró asustado, alcanzó en dos pasos la seguridad de su silla en el estrado y, desde allí arriba, nos ordenó comenzar. Su brazo reseco volvió a emprender el vuelo y su dedo índice señaló hacia el tema de redacción con una rigidez exigente: «Las alegrías del deber». Y, para evitar cualquier pregunta, añadió: «Cada uno puede escribir lo que quiera. Lo importante es que trate de las alegrías del deber».

Considero que no merezco el castigo que me han impuesto, al que además se suman el encierro y la prohibición temporal de recibir visitas, pues de este modo no se me está haciendo expiar o pagar por el hecho de que mis recuerdos o mis fantasías no hayan llegado a nada. Más bien creo que lo que ha provocado que me hayan sometido a este

aislamiento es que, en mi búsqueda obediente de esas «alegrías del deber», me encontré con tanto que contar que, por mucho que me esforzara o esmerara, no supe siquiera por dónde comenzar. No estoy en absoluto de acuerdo con que las alegrías del deber tengan que ser precisamente las que, de manera inequívoca, Korbjuhn deseaba habernos descubierto, descrito, habernos hecho disfrutar o demostrarnos. En ese trance, a mí no se me podía venir otra imagen a la cabeza que la silueta en la cresta del dique de mi padre, Jens Ole Jepsen, con su uniforme, su bicicleta de servicio, sus prismáticos y su capa para la lluvia, surcando un viento del Oeste que nunca da tregua. Bajo la mirada apremiante del doctor Korbjuhn me acordé, enseguida, de él. Era primavera; no, otoño. Y luego lo recordé en un día de verano que se había vuelto oscuro y en el que soplaba un viento frío. Empujaba su bicicleta, como siempre, pendiente abajo, por el angosto camino de adoquines, hasta que se detuvo, como siempre, bajo el cartel donde se podía leer: «Puesto de policía de Rugbüll». Una vez allí colocó los pedales en la posición de arranque más idónea, levantando al tiempo la rueda trasera del suelo. Con solo un par de empujones, cogió carrerilla, se encaramó al sillín y condujo, en primer lugar —dando bandazos y algo vacilante, como impulsado por el viento del Oeste— un tramo en dirección a la carretera de Husum, por la que se llegaba hasta Heide y Hamburgo. Al llegar al estanque de turba giró y continuó pedaleando, ahora con viento de costado, a lo largo de una zona de zanjas, hasta alcanzar el dique, dejando atrás, como siempre, el molino sin aspas. Tras hacer un breve descanso detrás del puente de madera, volvió a empujar su bicicleta, inclinándola un poco, cuesta arriba hasta el abombado dique. Allí arriba, ante la inmensidad del horizonte, solía experimentar una inesperada plenitud, pues en ese gran espacio tomaba conciencia de sí mismo. Después, se subió de nuevo, con agilidad, en el sillín. Y entonces, mientras recorría la cresta del dique, se dedicó a contemplar a un solitario velero holandés, un *Tjalk* con las velas tan hinchadas por la brisa que parecían a punto de explotar, que navegaba hacia Bleekenwarf, siempre hacia Bleekenwarf. Jamás olvidaba su misión. Cuando el viento del otoño empujaba las corbetas por el horizonte

de Schleswig-Holstein, mi padre emprendía su camino. Ya fuera en la primavera manchada de nubes o bajo un aguacero, o en un domingo nublado y de luz mortecina, ya fuera por la mañana o por la tarde, en tiempo de guerra o en tiempo de paz, él subía con agilidad a su bicicleta y se afanaba en el callejón sin salida de su misión, que lo conducía directamente hasta Bleekenwarf por los siglos de los siglos. Amén.

Esta estampa que acabo de describir, esta travesía llena de penalidades hacia el puesto exterior de policía rural de Rugbüll —el situado más al norte de Alemania— que acababa de recordar, ocupaba mi mente por completo. Así que, para tratar de cumplir lo mejor posible con la tarea que Korbjuhn me había encomendado, afiné todavía más mis recuerdos y, en mi imaginación, envolví mi cuello en una bufanda, me senté en el trasportín de la bicicleta de servicio de mi padre y fui con él hasta Bleekenwarf, como había hecho tan a menudo. Con los dedos entumecidos por el frío, me agarré, también como de costumbre, al cinturón de mi padre. Notaba cómo se clavaban en el interior de mis muslos las rígidas barras del trasportín, que no tardarían en dejarme marcas rojas. Viajaba con él, pero, al mismo tiempo, nos veía a los dos desde lejos, enmarcados en el indispensable trasfondo de nubes vespertinas, avanzando juntos a lo largo del dique. Notaba los azotes del viento, salvajes y punzantes, que llegaban desde el páramo de la marisma, y nos contemplaba a ambos en la distancia, oscilando en medio de aquellas ráfagas. También escuché los lamentos de mi fatigado padre, que, sin embargo, no sonaba desesperado o iracundo por culpa de ese viento, sino que se limitaba a emitir una queja leve, reglamentaria, en la que había, a mi parecer, incluso una íntima satisfacción. Ya en la marisma, ante aquella línea de mar oscuro y ventoso, continuamos nuestro camino en dirección a Bleekenwarf, que yo conocía casi tan bien como el molino derruido o nuestra propia casa. Podía verlo, sustentado sobre una sucia plataforma, rodeado de alisos cuyas copas peinaba el viento, inclinándolas hacia el Este. Me coloqué ante el bamboleante portón de madera, lo abrí y contemplé con curiosidad la vivienda, el establo, el cobertizo y el taller, desde donde, como era habitual, Max Ludwig Nansen,

astuto y con su aire de cautela y amenaza, me saludó con un gesto de la mano.

En aquel tiempo, a Nansen le habían prohibido pintar cuadros, y a mi padre, policía del puesto de Rugbüll, se le había encomendado la tarea de velar, día tras día durante todas las estaciones del año, por que se cumpliera este mandato. He de mencionar que su celo le llevaba a impedir cualquier ejecución o esbozo de una pintura, y hasta cualquier insinuación no deseada de la luz. Su deber de policía consistía en asegurarse de que nadie volviera a pintar un solo cuadro en todo Bleekenwarf. Mi padre y Max Ludwig Nansen se habían criado en Glüserup y, por tanto, se conocían desde hacía mucho, desde que eran niños. Ambos sabían bien lo que podían esperar el uno del otro, y quizá también lo que se les avecinaba y lo que se harían mutuamente en caso de que la situación tuviese que prolongarse durante mucho más tiempo.

Pocas cosas conservo a tan buen recaudo en la caja fuerte de mi memoria como los encuentros entre mi padre y Max Ludwig Nansen. Así que abrí mi cuaderno con optimismo, coloqué a su lado mi espejo de bolsillo e intenté describir los trayectos de mi padre hasta Bleekenwarf. Y no solo los trayectos, sino también cada una de las tretas y las trampas que ideaba para Nansen, las artimañas y los planes, unos simples y otros mucho más complejos, que su prolongada desconfianza le llevó a urdir, los trucos y los engaños y, finalmente —ya que el doctor Korbjuhn así lo quería—, también las alegrías que se desprendieron del desempeño de su deber. Pero no lo logré. No hubo suerte. Una y otra vez me puse a ello, traté de enviar mentalmente a mi padre dique abajo, con o sin capa, con viento o en calma, miércoles o sábados: no había manera. Aquellos recuerdos me inquietaban y producían en mí un caos de sensaciones. Incluso antes de que él alcanzara Bleekenwarf, ya lo había perdido de vista, o por un revuelo de gaviotas, o porque una vieja lancha de carbón se había ido a pique con carga y todo, o por el hallazgo de un paracaídas planeando sobre la marisma.

Pero, sobre todo, dominaba el primer plano una pequeña y vivaz brasa que dañaba todos mis recuerdos y los fundía y los envolvía en

llamas, y si el fuego no conseguía atraparlos, los doblaba o los carbonizaba y a veces también los ocultaba bajo el temblor de su incandescencia.

Así que probé de otro modo: me situé en Bleekenwarf para comenzar mi narración desde ahí, y el astuto Max Ludwig Nansen, con sus ojos grises, se ofreció a ayudarme a colar mis recuerdos a través de un embudo. Para empezar, salió de su taller para complacerme y atrajo mi mirada sobre él. A continuación caminó tranquilamente por el jardín de verano hacia las coloridas zinnias que a menudo había pintado en sus cuadros y, mientras en el cielo un pesado y ofensivo amarillo se teñía de azul marino, subió al dique, levantó sus prismáticos y miró durante un segundo en dirección a Rugbüll. Esto bastó para que se me escapara de golpe y se encaminara a la casa para después ocultarse en su interior. Casi había dado con el punto de partida de mi historia, cuando la ventana se abrió de un empujón y Ditte, la mujer de Max Ludwig Nansen, como de costumbre, me ofreció un pedazo de pastel, un Streuselkuchen. Y entonces los retazos de recuerdos inundaron mi mente. Escuché cantar a una clase de la escuela de Bleekenwarf. Volví a ver una pequeña llama. Oí los ruidos que hacía mi padre cuando salía de noche. Jutta y Jobst, los niños extraños, me sorprendieron en el cañaveral. Alguien echó colores en una charca que lanzaba destellos de un naranja dramático. Un ministro habló en Bleekenwarf. Mi padre hacía un saludo militar. Grandes automóviles con matrículas extranjeras se detenían en Bleekenwarf. Mi padre hacía un saludo militar. Yo soñaba con el molino en ruinas, con el escondite donde estaban los cuadros: mi padre llevaba una llama de fuego de una correa como si fuese un perro, le quitaba el collar y le ordenaba: «¡Busca!».

Todo se iba confundiendo y enredando cada vez más, hasta que me alcanzó la mirada de advertencia de Korbjuhn. En ese preciso instante, y con un gran esfuerzo de concentración, despejé, por decirlo así, la llanura cruzada por fosas y trincheras de mis recuerdos, y me libré de las apariciones que allí se habían reunido para dejarlo todo al descubierto y a mano, especialmente a mi padre y las alegrías del deber. También lo conseguí. Acababa de situar en formación, bajo el

dique, como para un desfile, a todas las personas decisivas para mi relato. Quería, además, que marcharan ante mí, cuando Ole Plötz, mi compañero en el aula, dio un grito y se dejó caer del banco entre unas convulsiones de lo más logradas. Aquel grito interrumpió todo el flujo de recuerdos. Había perdido el punto de partida de mi relato. Y entonces abandoné; cuando el doctor Korbjuhn recogió los cuadernos, le entregué uno con las páginas en blanco.

Julius Korbjuhn no podía saber de mis dificultades, y no se creyó el tormento infernal que había supuesto para mí comenzar a redactar. No podía imaginar, sencillamente, que el ancla de mis recuerdos, tensando la cadena, no había encontrado amarre en ningún lado, sino que, vertiginosa y ruidosa, había resbalado en el lodo, levantando remolinos en las profundidades, sin permitir el reposo y esa calma tan necesaria para arrojar una red sobre el pasado.

Así que el profesor de alemán hojeó, atónito, mi cuaderno, me llamó, me contempló ligeramente asqueado y a la vez con una disposición que parecía honrada y me pidió una explicación, que, por supuesto, no le complació en absoluto. Puso en duda mi buena voluntad al intentar evocar mis recuerdos. No se creyó que me hubiera costado tanto encontrar un punto de partida para mi redacción y repitió, una y otra vez: «Me has decepcionado, Siggí Jepsen». En varias ocasiones, incluso, se atrevió a decir que esas páginas vacías constituían una afrenta directa contra él. En lugar de confiar en mis palabras, lo atribuyó todo a mi resistencia, a mi rebeldía, etcétera, y como esas situaciones pasan a ser competencia del director, nada más finalizar la clase de alemán —que solo me había traído dolor a causa de un hermoso, borroso y, en todo caso, deshilachado recuerdo—, Korbjuhn me llevó hacia el edificio azul, donde, en el primer piso, justo al lado de la escalera, se encontraba el despacho del director.

El director Himpel, vestido con cazadora y pantalones bombachos, como era habitual en él, se encontraba rodeado de unos treinta y dos psicólogos que realmente parecían tener un interés fanático por los problemas de los delincuentes juveniles. Sobre su escritorio había una cafetera azul y unas hojas de papel pautado algo manchadas, algunas de ellas rellenas con sus apresuradas composiciones musicales

de aire regional, canciones concisas donde aparecía el Elba, el viento marino húmedo, las inclinadas pero espesas gramíneas de tallo largo o los fulgurantes vuelos de las gaviotas, pero también pañuelos de cabeza ondeantes y el apremiante sonido de la sirena en días de niebla. El coro de nuestra isla sería el encargado de estrenar todas esas canciones.

Los psicólogos enmudecieron en cuanto entramos en el despacho y escucharon lo que el doctor Korbjuhn tenía que comunicarle al director. Aunque hablaba en voz baja, pude oír que la charla versaba sobre mi resistencia y mi rebeldía. Y, como prueba documental, Korbjuhn le entregó al director mi cuaderno de redacciones en blanco. Este cruzó una mirada de preocupación con los psicólogos, avanzó hacia mí, enrolló mi cuaderno y se golpeó suavemente con él su propia muñeca, después los pantalones bombachos y, por último, exigió una explicación. Me fijé en la tensión de los rostros y, a mi espalda, escuché el frágil crujido de los dedos de Korbjuhn al estirarse. La expectación que causaba en todos los que me rodeaban me llenó de angustia. Dirigí la mirada hacia la amplia ventana esquinera, delante de la cual había un piano, y contemplé el Elba. Dos cornejas en pleno vuelo se peleaban por algo blando y fofo, tal vez un pedazo de intestino, que se arrebatan unas a otras. Intentaban engullirlo, pero se atragantaban y, a continuación, lo escupían, hasta que acabó cayendo sobre un trozo de hielo, donde fue atrapado al punto por una gaviota más atenta. Y entonces el director puso una mano sobre mi hombro, con un gesto como de camaradería y, ante todos aquellos psicólogos, volvió a pedirme una explicación. Como respuesta, yo empecé a relatarle mis apuros: cómo, primero, se me había ocurrido el tema principal del ejercicio, pero después se había difuminado en mi mente y no había podido encontrar ningún tipo de asidero que me llevara de modo progresivo por la pendiente del recuerdo. Le hablé de los muchos rostros, de la muchedumbre inabarcable y de todos los movimientos que atravesaban mi memoria, que echaron a perder cualquier posible inicio frustrando cada nueva tentativa. Tampoco olvidé mencionar que mi padre todavía disfrutaba de las alegrías del deber, que no se habían extinguido, y que, por eso, para

hacerle justicia, me sentía obligado a exponerlas de forma exhaustiva, y no mediante una selección cualquiera.

El director me escuchó, sorprendido, y quizá también con un punto de comprensión, mientras los psicólogos diplomados cuchicheaban, se acercaban más, empujándose unos a otros, excitados y diciéndose al oído: «Trastorno perceptivo de Wartenburg» o «alucinación extracampina», o incluso —lo que encontré especialmente repugnante— «inhibición cognitiva». Aquello ya era demasiado y, a partir de ese preciso instante, me negué a dar más explicaciones en presencia de aquella gente, que solo quería adivinar mis intenciones a toda costa. Bastante me había enseñado ya el tiempo que llevaba en esta isla.

El director, con aire pensativo, retiró la mano de mi hombro y la contempló de modo crítico, tal vez comprobando si aún estaba completa. Luego, bajo la atención despiadada de sus visitantes, se volvió hacia la ventana y dejó vagar su mirada por el invierno de Hamburgo, tal vez en busca de inspiración y consejo. De repente, se volvió hacia mí y, con ojos abatidos, pronunció su sentencia: me condenaba a que me trasladasen a mi cuarto, donde debería permanecer «debidamente aislado». Y no para expiar una culpa, sino para que reflexionara con calma sobre el hecho de que escribir las redacciones de alemán era obligatorio. Me daba una oportunidad.

Dictaminó que cualquier tipo de distracción, como, por ejemplo, las visitas de mi hermana Hilke, deberían evitármeme, y que, por el momento, quedaba relegado de mis deberes habituales —en el taller de escobas y en la biblioteca de la isla—. En general, prometió hacer todo lo posible por librarme de cualquier molestia, pero a cambio esperaba que, manteniendo la misma ración de comida, yo realizara el ejercicio de redacción que no había entregado. Me dijo que podría tomarme, con total tranquilidad, el tiempo que necesitara. Yo solo tenía que preocuparme de seguirles el rastro, con paciencia, a las alegrías del deber. Me parece que señaló también que yo debía ser sumamente cuidadoso, dejando que todo goteara y creciera, como una estalactita o algo parecido, pues, según dijo, el recuerdo también puede convertirse en una trampa, en un peligro, especialmente

porque el tiempo no cura nada, nada en absoluto. Fue en ese punto donde los psicólogos diplomados aguzaron el oído, pero él se limitó a estrecharme la mano como un camarada. Ay, era un experto en el arte de estrechar manos. Después llamó a Joswig, nuestro guardián favorito, le dio a conocer su decisión y dijo algo como: «Soledad. Nada necesita tanto nuestro amigo Siggí como tiempo y soledad: asegúrese de que tiene bastante de ambas cosas». A continuación le dio a Joswig mi cuaderno vacío y nos despidió a los dos. Y juntos comenzamos a caminar con lentitud por aquel lugar helado —Joswig tan afligido y mortificado como si mi castigo le hubiera causado una gran decepción—. Él, que ya no se entusiasmaba por nada que no fuese su colección de monedas antiguas y el canto del coro de la isla, parecía realmente ofendido mientras me conducía a mi celda. Por eso agarré su antebrazo y le pedí que, en la medida de lo posible, evitara hacerme reproches. Pero no lo aceptó, y se limitó a decir: «Piensa en Philipp Neff». Con ello trataba de advertirme, de modo indirecto, que no hiciese lo mismo que el tal Philipp Neff, un joven tuerto al que habían condenado igualmente a escribir una redacción de alemán. Al parecer, según llegué a saber, dicho joven se esforzó durante dos días con sus dos noches tratando de encontrar un principio, un punto de partida para su trabajo. Por lo que me han contado, en aquella ocasión el tema, muy propio de Korbjuhn, era: «Un hombre que me llamó mucho la atención». Sin embargo, al tercer día, Neff derribó al guardián, escapó, estranguló —de una forma que se nos grabó para siempre en la memoria— al perro del director, y después huyó hasta la playa y se ahogó tratando de cruzar a nado el Elba en pleno mes de septiembre. La única palabra que Philipp Neff —esa prueba trágica de la actividad funesta de Korbjuhn— dejó escrita en su cuaderno fue «carúncula». Cosa que al menos permite sospechar que «el hombre que le había llamado mucho la atención» tenía una verruga. Fuera como fuese, Philipp Neff había sido mi predecesor en el cuarto que se me había asignado tras mi llegada a la isla para jóvenes inadaptados, y cuando Joswig me recordó la suerte de aquel muchacho advirtiéndome que no actuase como él, se apoderó de mí un temor desconocido, una impaciencia dolorosa. Asustado, me

dirigí a toda prisa hacia la mesa con la intención de retomar la vieja pista, pero también con miedo a no ser capaz de reencontrarla. Titubeé y me esforcé; me daba pereza, pero a la vez ardía en anhelos de emprender la tarea. Quería y no quería hacerlo y, al final, me limité a contemplar con indiferencia la inspección que Joswig hacía de mi celda. No solo la estaba inspeccionando, sino que la estaba preparando para que yo llevase a cabo mi castigo.

Ahora llevo sentado en la misma posición casi un día entero, y quizá habría comenzado ya si no me hubiesen distraído los barcos que van surcando la corriente invernal del río. Al principio no alcanzaba a verlos, solo escuchaba el débil retumbar de las máquinas, seguido de los golpes y el estruendo que producen al avanzar a través del hielo y desplazarlo, hecho añicos, hacia los costados metálicos de las naves. Después, mientras el ruido se volvía más fuerte y concreto, se los veía deslizarse con sus colores desteñidos, húmedos, vibrantes, desde el gris estaño del horizonte, más como una aparición del aire que del agua. Debo grabarlos en mi memoria y acompañarlos con la mirada hasta que se pierden a lo lejos. Con sus estraves recubiertos de costras de hielo y sus bordas y respiraderos, con sus miradores acristalados y sus cuadernas invadidas por la escarcha, se van deslizando a través del rígido paisaje. Dejan tras de sí un ancho e impreciso corte en el hielo flotante, un surco que corre en forma de meandro hacia el horizonte, pero disminuye progresivamente de tamaño hasta que acaba por cerrarse. Y la luz... No se puede confiar en la luz del Elba en invierno: el gris estaño cambia a gris blanquecino, el violeta no se mantiene violeta, el rojo renuncia a su complementario, y, en dirección a Hamburgo, reiteradas manchas que parecen contusiones adornan el cielo.

Enfrente, en la orilla, de donde me llega un martilleo ahogado, hay un delgado y sucio jirón de niebla que me hace pensar en un estandarte desplegado como una venda de gasa. Más cerca de mí, en medio de la corriente, ondea la estela de hollín del pequeño rompehielos *Emmy Guspel*, que, desde hace una hora, se abre paso con su furiosa proa, como un arado, entre el hielo flotante azulado y reluciente. Su larga humareda no quería hundirse ni diluirse. La helada lo había paralizado, como todo, y por su culpa muchas cosas se habían quedado por

hacer. En tales circunstancias hasta el aliento es visible. Dos veces ha pasado ya echando humo el *Emmy Guspel*, pues debe mantener el hielo en movimiento, debe impedir que se forme un atasco de placas heladas, un gran tapón que podría dar lugar a una trombosis comercial.

Torcidos están los letreros de aviso, abajo, en la playa abandonada. Los témpanos de hielo han rozado y han movido los postes, aflojándolos. El río ha crecido de forma inexorable y el viento los ha ladeado, de tal modo que los deportistas náuticos, a quienes más les conciernen estos avisos, tienen que inclinar la cabeza para enterarse de que cualquier intento de atracar, amarrar o acampar están prohibidos en nuestra isla. Para el verano, eso es seguro, se volverán a enderezar los puntales, pues los deportistas acuáticos son especialmente dados a poner en peligro la rehabilitación de los jóvenes reclusos: esa es la opinión del director, y esa es también, por lo que parece, la opinión de su perro.

En nuestros talleres, en cambio, no se ha atenuado ni interrumpido la circulación sanguínea. Aquí cuidan de dejarnos bien claro, con los beneficios y las ventajas del trabajo, el valor educativo del esfuerzo continuado. Por tanto, hacen todo lo posible para que el ruido continúe. El zumbido de las dinamos en el taller de electricidad, el ting-tong de los martillos repicando en la fragua, el áspero silbido de los cepillos de ebanista en la carpintería y el partir y arañar de nuestro taller de escobas no se detienen nunca, y me permiten olvidar el invierno al tiempo que me recuerdan que aún tengo una tarea pendiente. Debo comenzar.

La mesa está limpia, aunque es vieja y está repleta de oscuras marcas y muescas entre las que se distinguen iniciales torpes, fechas y señales que hacen pensar en momentos de amargura o de esperanza, pero también de terquedad. Ante mí, mi cuaderno abierto, listo para iniciar el ejercicio de castigo. Ya no me puedo permitir más distracciones, debo empezar, girar de una vez por todas la llave para abrir por fin el cofre donde se encierran mis recuerdos y sacarlo todo a la luz. De ese modo, satisfaré las exigencias de Korbjuhn. He de confirmarle que el cumplimiento del deber proporciona alegría, perseguir sus consecuencias, que terminan en mí persona. Y cumplir el castigo

sin ser molestado, tarde lo que tarde, hasta conseguir la prueba que demuestre que el deber cumplido proporciona alegría. Estoy preparado, y como tengo que avanzar, quiero remontarme primero en el tiempo, elegir bien, buscar un lugar... Quizá, por qué no, el puesto de policía de Rugbüll, o mejor: toda la planicie de Schleswig-Holstein entre Glüserup, la carretera de Husum y el dique, esa tierra que para mí sólo atraviesa un único camino, el que va de Rugbüll a Bleeckenwarf. Incluso aunque tenga que despertar al pasado de su profundo sueño, debo comenzar.

Vamos, entonces.